

UN ECÓLOGO CON S O T A N A

Juan Gustavo Cobo Borda^(*)

Todos sabemos que José Celestino Mutis, hijo de comerciantes en libros nació en esa Cádiz próxima a América, y participó en ese segundo descubrimiento, el científico de la Ilustración, comprometido dentro del diálogo del europeo con lo otro. Como dice Gonzalo Hernández de Alba en su libro *Quinas amargas, El Sabio Mutis y la discusión naturalista del siglo XVIII* (1991):

Lo enfrenta con otro hombre, con otra manifestación de la realidad humana tan insospechada y tan complementaria que lo hace descubrir sus posibilidades más ocultas y lo enfrenta, como un espejo, a sus facetas más íntimas y desconocidas: con la crueldad, la deshumanización en ocasiones superlativa y, por contrapartida, con un renacido humanismo, una esperanza de mejor vida en la tierra, un anhelo de horizontes compartidos, un futuro real y tangible en la nueva tierra que cada vez se hace más firme gracias al conocimiento del otro. (p. 26)

Ciencia y técnica deberían estar al servicio de un mejor intercambio con las colonias.

Había que estudiar la naturaleza en la propia naturaleza, del mismo modo que la geografía y la técnica de navegación cambiaban, desde el viaje de Colón y las plantas y animales, con su necesaria descripción y el aprendizaje de su uso, requerirían de un análisis y una clasificación, dentro de la cual el apropiarse de lo desconocido bien podía subvertir lo obvio. La rutina y su esquema.

Pero esas maneras novedosas de presentar lo que está ahí, con sus peculiaridades, remiten a una cierta racionalidad de lo natural. Racionalidad que no cuestiona la fe sino que la apoya, con otras armas. Lo que el padre Feijoo había propuesto desde el título de su obra: *Teatro crítico universal. Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*.

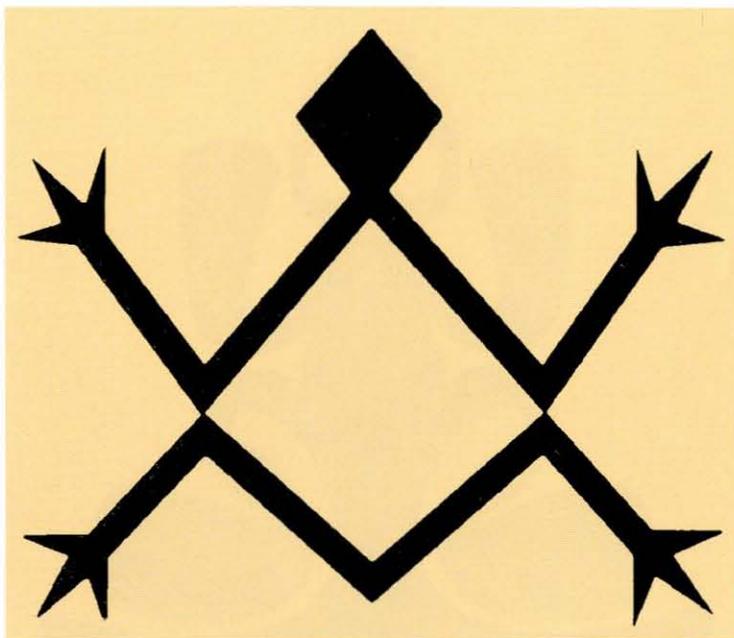
Criticar para desengañarnos. Superar, con método, los errores seculares y describir lo que se observa, con rigor. Investigación directa sancionada por un método comprobable. Menos teología y más ciencia natural es lo que España necesita, repetían todos ellos siguiendo al monje benedictino Benito Jerónimo Feijoo. Y Mutis añadía un complemento que lo honra: él quería profundizar en el saber de los reinos naturales con el fin de encontrar remedios y soluciones a los padecimientos humanos. Aliviar el dolor. Mejorar nuestra suerte. Suavizar con un bálsamo los achaques y las fiebres. Vacunarnos contra la viruela. Como lo dice en una carta de 1790: «En nueve años que he ejercitado la medicina en los desiertos, no se conocen más remedios que las yerbas del campo», bien podemos medir lo vasto de su anhelo caritativo, en medio de ese panorama precario e insuficiente. Donde curiosamente la farmacopea indígena, la medicina verde contribuirían al paulatino americanismo de este gaditano ejemplar.

Recoger, catalogar, clasificar. El asunto no era fácil. Y en 1762, lo describe con gracia inigualable:

^(*) Extracto de la ponencia presentada por el autor - asesor cultural de la presidencia de Colombia -, en el Simposio organizado por el señor embajador Juan Durán Loriga, y Consuelo Larrusea de Tovar, quienes presiden en Madrid la Asociación de Amigos de José Celestino Mutis.

Los mosquitos, cien patas, alacranes, culebras, arañas y muchas otras sabandijas mezclan con indecibles amarguras los grandes gustos que recibe el averiguador de la naturaleza. Las injurias del tiempo extremadamente inconstante, ¿producen algunas incomodidades acaso más funestas?; es excesivo el rigor de un sol que impide gozar al descubierta de sus rayos. Las lluvias copiosísimas incomodan tanto al cuerpo más robusto, cuanto atemorizan los truenos al ánimo más esforzado. Lo peor de todo es que apenas se halla reparo proporcionado para tantas incomodidades y peligros.

Tal la dureza de su tarea para lograr que esa disformidad hermosa llamada América entrase en los esquemas europeos, cuando es bien evidente, como lo ha dicho Germán Arciniegas, que América es otra cosa. Mientras aquí bien podemos asarnos de calor, allí bien podemos morirnos de frío, aunque Aristóteles diga lo contrario.



EL ÁRBOL DE LAS CALENTURAS

En la Historia del Nuevo Mundo, del jesuita Bernabé Cobo, terminada de redactar en 1653, se encuentra la primera de las noticias acerca de la quina, o como la llama el Padre Cobo, «El árbol de las calenturas». Y con ella conviven el caucho o el curare. Las ciencias naturales comienzan a ser vistas no sólo como un instrumento de penetración pacífica y ganancias coloniales, sino también como panaceas curativas como lo especifica el Rey al señalar el propósito de las expediciones. Este sería:

La metódica examinación e identificación de los productos naturales de mis dominios americanos, no sólo para promover el conocimiento de las ciencias físicas, pero también para esclarecer dudas y falsedades que existen en la medicina, tin-

turas y otras importantes artes... y conocer la naturaleza, describiendo y haciendo dibujos de las plantas encontradas en esos mis fértiles dominios, para así enriquecer mi museo de historia natural y el Jardín Botánico de las Cortes.

Sin olvidar por ello medicina, construcción naval y observaciones geográficas y astronómicas. Estas expediciones, durante el reinado de Carlos III, fueron el proyecto más ambicioso y costoso en botánica de toda la

ilustración. Los estudiosos que abordan, desde Colombia con renovados instrumentos, el tema de Mutis y la Expedición Botánica, como Gonzalo Hernández de Alba, Olga Restrepo y Mauricio Nieto, para citar solo tres, sitúan el problema dentro del amplio marco de las sociedades dependientes y coloniales, como lo señaló muy bien el profesor Martín Municio, que reproducen un saber metropolitano, y buscan ajustarlo a una situación distinta, con todas sus implicaciones educativas y sociales, en la conformación primigenia de un espíritu científico, un ethos.

Todo ello dentro del marco de unas instituciones incipientes, que darían base no para un alborar independentista, como se afirmó durante mucho tiempo, sino para un reforzamiento de los vínculos o, por lo menos, una conciliación ecléctica entre las realidades en pugna: fe y razón, ciencia y religión, absolutismo e independencia, dogmatismo y crítica. Conocimiento desinteresado o explotación del saber, en un sentido utilitario.

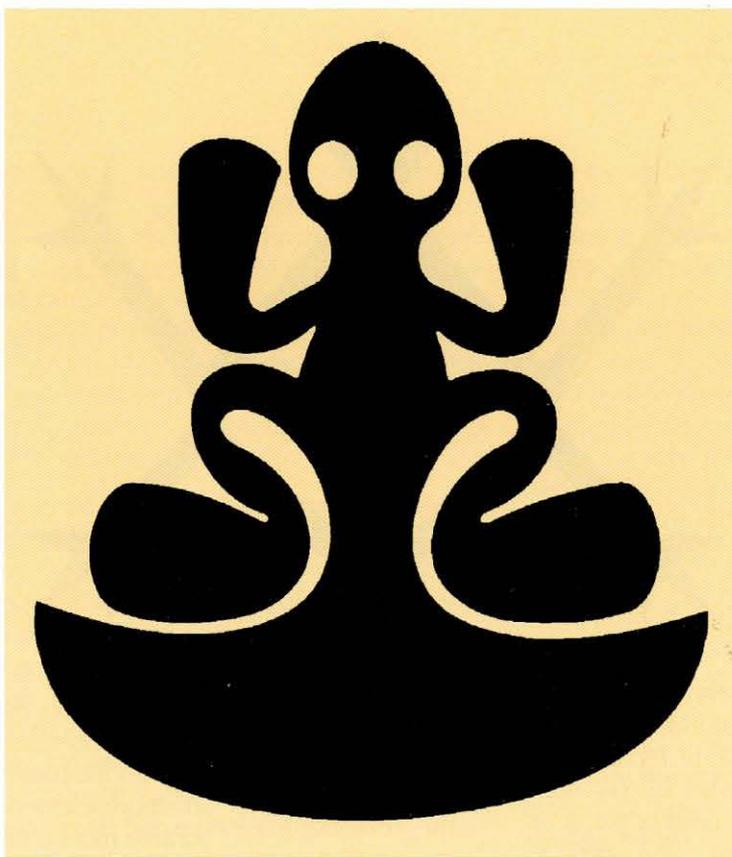
Concentrar la información en centros de cálculo y acumulación y a partir de allí manejarla, como otra forma del control del conocimiento y, por qué nó, del control social. Tal lo que se descubre leyendo algunos de estos nuevos enfoques.

Pero en medio de todo ello vuelve a levantarse el impenetrable enigma humano; un

rostro que simbólicamente debemos acompañar, como un emblema antiguo, de la quina, árbol de la vida, que lo mismo servía para bajar la fiebre que teñir la lana; y que podría recibir nombres tan pintorescos en su uso como el de los polvos de la Condesa, las tisanas de la señora de Chinchon, los polvos de la Virreina o de los Jesuítas. Siempre habrá que volver al hombre, y a su síntesis en una anécdota como lo resume Gonzalo Hernández de Alba:

*A pesar de que la obra investigativa de Mutis y sus colaboradores fue ardua e intensa, a pesar de que dura cerca de treinta y tres años, no se pudieron realizar todas las metas exigidas por el gobierno metropolitano, mucho menos, las que se propuso Mutis. Debía dirigir las investigaciones y redactar las notas de la **Flora de Bogotá**, empresa como para llenar toda una vida y que se comenzó sistemáticamente cuando tenía un poco más de cincuenta bien trabajados años. Debía descubrir y difundir los secretos de la quina, organizar su factoría y establecer su estanco. Aclimatar los canelos de los Andaquíes, para abrir una nueva fuente de*

*exportación y de riqueza a la maltrecha economía local. Promover en Europa el amargo **Té de Bogotá**. Resolver consultas oficiales sobre prometedores productos naturales como el aceite de piedra o brea. Trazar y dirigir políticas de prevención sanitaria. Redactar el plan de minería del Reino. Experimentar nuevas técnicas de fundición de metales. Cuidar enfermos. Reformar los estudios de matemáticas y tratar de implantar los de medicina. Gobernar, orientar y vigilar a los miembros*



menores de la expedición. Todo ello sin contar las constantes consultas internas en materia de clasificación botánica y los trabajos que le proporcionaban la formación de una de las bibliotecas más completas de su época en ciencias naturales. En realidad no se quiso autoalabar cuando se llamó «el oráculo del Reino», fue, más bien, expresión de una dura, agobianté y limitadora realidad que impedía o al menos frenaba la realización efectiva y completa de tantas expectativas propias y ajenas (p. 159).

LA IMAGINACIÓN Y LA PLUMA

Si a Humboldt se lo habían descrito como reservado y de muy mal humor, al encontrarse con el viejo Mutis lo considera «una figura venerable, chispeante, en sotana de eclesiástico. Me abrazó con mucha cordialidad; sonrió cuando me vio bajar con el barómetro en la mano, y porque no quise confiárselo a nadie».

Traje talar y solideo negro, como eclesiástico, y en la mano una pluma, como humanista. Pero también haría falta un Mutis con el pincel en la mano al sugerir a sus discípulos: Francisco Javier Matiz, Salvador Rizo, Pablo Antonio

García, un verde más acentuado. Un añil más tenue.

De seis a doce y media de la mañana, y de dos y media a cinco y media de la tarde, estos dibujantes hacían ciencia y creaban arte. «Láminas de un marcado barroquismo, en las que prima el sentido estético dentro de una composición geometrizada, donde la figura se distribuye en torno a un eje central de simetría», como ha señalado Carmen Soto Serrano. El achiote, la dalia, azafrán y añil, palo campeche, líquenes, zumos de frutas,

vinagres, goma, amoníaco, aceite de tártaro. «Es mucha la hermosura y gracia que recibió dicho dibujo», cuando Mutis experimenta, al iluminar, con verdes, las antiguas tintas chinas.

Eran unos auténticos artistas. Iban de la biblioteca al jardín. Saben cómo, sin los aromas del huerto no se refrescan los sentidos y las láminas con que se busca detener lo irrepitible sólo cobran vida cuando tomamos,

de la cultura a la naturaleza, y viceversa. Por ello Mutis es ahora no sólo nuestro primer ecólogo sino el primer intelectual contradictorio de nuestra historia.

Para decirlo con el bello título de don Pedro Laín Entralgo, Mutis es nuestra espera y nuestra esperanza. Una vida resumida en una imagen. Esas flores que ya sólo subsisten, inmortalizadas, en ese papel que las mantiene vivas. ❖

